EL POSMODERNISMO Y ABRAHAM VALDELOMAR*

Washington Delgado

Valdelomar nunca publicó un libro de poesías, salvo un libro colectivo que se llamaba *Las Voces Múltiples* y que aparece junto con 8 ó 10 poetas más de su generación. Publicó sí, muchas poesías sueltas en revistas y en periódicos.

Su obra poética es realmente breve, en conjunto. Escribió sí, una extensa obra. Son cuatro tomos en formato grande, sobre todo de prosa, que realmente es una cantidad enorme para una persona que murió a los 31 años. Sin embargo, su poesía es realmente poca. Al respecto, en una encuesta realizada hace unos 10 ó 15 años por la revista *Hueso Húmero*, preguntando por los 10 mejores prosistas y los 100 mejores poetas del Perú, Valdelomar aparecía, por supuesto, entre los 10 mejores prosistas y en un tercer lugar o cuarto lugar entre los más importantes. Sin embargo, no era mencionado como poeta.

Hay una razón. Su obra es muy breve, extremadamente breve. Desde luego, esta no es una razón suficiente. La obra

* Desgraciadamente, este resulta un artículo póstumo de nuestro compañero de tareas en la Academia.

de San Juan de la Cruz, por ejemplo, es todavía más breve que la de Valdelomar. Cabe en la mitad de un librito de bolsillo. En esa obra, cuatro poemas son los más importantes y, por esos poemas, es probablemente el poeta más intenso del ciclo español –no tanto como Valdelomar– pero fue un poeta excelente.

Pero refirámonos al modernismo, al aporte posmodernista de Valdelomar.

La ofrenda de Odar y otros poemas, sus primeros poemas, no son buenos. Valdelomar era un muchachito. En realidad, empezó a hacerse conocido más bien como dibujante y caricaturista en las revistas de la época como *Sibina*. Los primeros no eran muy buenos, pero fue perfeccionando, era un modernista, estaba dentro del modernismo.

El modernismo fue el primer movimiento literario hispanoamericano que se liberó definitivamente de la influencia española. Hasta el modernismo todos los poetas, renacentistas, barrocos, neoclásicos, románticos, seguían la lección española; ya últimamente fueron importantes la influencia francesa e inglesa, pero un poco a través del parche. Esta corriente no surge en España sino en América y los poetas modernistas no imitan a los españoles sino que, al contrario, los españoles empiezan a imitar a los poetas modernistas, sobre todo a Rubén Darío.

¿Y qué trae el modernismo?, ¿qué es lo importante del modernismo? Un aire fresco y libre. El propio Darío dice en la nota preliminar de *Cantos de vida y esperanza*: “El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América, se propagó hasta España y tanto aquí como allá el triunfo estaba logrado”. Se trata, pues, de un movimiento de libertad. La liberación fue de los cartabones poéticos españoles que, en ese momento –en el momento de Rubén Darío– habían llegado a su decadencia más profunda. Es en este sentido que Javier Abril, en su poema a César Vallejo, dice que la poesía española después

del siglo de oro es una larga decadencia, salvo *El vuelo de golondrina y no de águila* de Gustavo Adolfo Bécquer.

En la misma perspectiva, en un libro sobre la generación del 98, Pedro Salinas señala tres ejemplos de poesía española de ese tiempo, del prosaísmo más enorme. Uno es de Baltrina*, otro es de Abelardo Pérez de Ayala y uno final de Ramón de Campoamor, que por cierto tenía mucha fama. A los versos de esos poetas contrapone tres prosas de tres escritores del 98 que son mucho más poéticos.

Darío se liberó de las sextasílabas y de los octosílabos mostrencos que practicarán los poetas de su tiempo en España. Él renovó el decasílabo no en razón de la materia del poema sino de su sonoridad. Para el caso del uso del alejandrino tomemos, inicialmente, un poema de Emilio Ferrari de 1888: "oh imagen del ansia que llena la vida / por íntima fuerza también sacudida / también encerrada en vientre fatal / quien triste o dichoso y hay lucha y hay calma / no tiene un curso el mar en el alma y / arriba en los cielos un astro ideal". Contraponamos a este un poema de Darío, de 1893, con el mismo verso de 12 sílabas: "Algas margaritas, rosas escarlatas / no guardan memoria de las serenatas / con quien tierno lírico habló de amor, conocéis la gama breve y cristalina / con que enamorado su canción divina / en su mandolina trina el risueño". La diferencia de la musicalidad es notablemente favorable a Darío. Este autor modernista dio a la poesía española una musicalidad que nunca había tenido.

Valdelomar empieza siendo un modernista. El modernismo en el Perú comenzó después de haberse extendido por toda América y por España. Aquí, antes de Valdelomar, hubo un modernista dominante, fue la gran figura del modernismo: José Santos Chocano. Dominó en su tiempo y todos imitaban a Chocano, incluso el propio Valdelomar; incluso Vallejo, tiene algún poema chocanesco en *Los Heraldos negros*.

Valdelomar, por su parte, es uno de los primeros en romper la hegemonía de Chocano. Para verlo más claramente,

comparemos el poema de Chocano “La magnolia” –uno de los más celebrados de él– con un poema de Valdelomar al que también podríamos llamar un poema vegetal: “Invocación de las granadas”.

La magnolia

En el bosque de aromas y de músicas lleno
la magnolia florece delicada y ligera
cual vellón que en la salsa enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre el lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno
su marmóreo prodigio de la clásica era
y destaca su fina redondez a manera
de una dama que luce de escotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto
hay entre ella y la luna cierto historia de encanto
en lo que una paloma pierde acaso la vida
Porque es pura, y es blanca y es graciosa y es leve
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
o como una paloma que se queda a dormir.

Los versos son por momentos demasiados sonoros. Por ejemplo, en el segundo cuarteto, los 2 primeros versos constan de cuatro esdrújulas sonoras, “es un *ánfora* digna de un *artífice* heleno, un *marmóreo* de la clásica...”

Veamos el poema de Abraham Valdelomar.

“Invocación de las granadas

Cual risueñas cabezas coronadas
surgen entre el follaje las granadas
al tibio conjuro de abril.

En sus coronas duermen flores marchitas
y en la paz campesina son las mezquitas
donde ure* helada del bosque gentil.

Las granadas redondas como joyeles
son ánforas que guardan purpúreas mieles
como la sangre del rubí.

Y ofrecen a los ojos formas poliedras
talladas y bermejas dije* las piedras
en rol de esfera de marfil.

Triunfando en el tranquilo follaje espeso
cada fruto es un labio que ofrece un beso
bajo la sombra del jardín.

Y las que aun no maduras crecen cerradas
son los redondos senos de las amadas
que nos reserva el porvenir".

Chocano está lejos de "La magnolia". Además de la musicalidad, Valdelomar está cerca de las granadas: "son los redondos senos de las amadas que nos reserva el porvenir". Esa es ya una diferencia con el modernismo inicial en el Perú de José Santos Chocano y ¿fueron socavando un poeta un poco desdeñado en ese momento como José María Eguren y un poeta simbolista como Alberto Ureta?

Veamos un poema más sugestivo

Blanca la novia

Amada ya es la hora
ya se acerca la aurora
y el cura en la capilla nos espera
más tarde cuando muera la primavera.

Amada ponte presto los azahares
que ya las luces brillan en los altares
y canta el río
luego amor mío cuando muere el destino.

Amada nos esperan en la capilla
ponte los azahares y la mantilla
porque ya están las rosas en el retoño.
Espera, amada espera cuando muera el otoño.

Amada ponte el velo de desposada
que cantan las palomas en la ramada
su canto tierno.
Imposible no esperes, ya ha llegado el invierno.

Poema muy diferente para todos los que conocen la poesía de Chocano, pero todavía dentro del estela del modernismo. Este empieza a agotarse después de 1905 en especial con la muerte de Rubén Darío, su creador, en 1916. Se prolonga, desde luego, un poco, pero empieza a dar muestras de decaimiento y de agonía.

Cada nuevo movimiento literario trae un nuevo lenguaje, un nuevo vocabulario, unos ritmos novedosos y aparece como algo original contrario a la retórica, al uso, a las pautas académicas del momento. Pero, a medida que ese movimiento se desarrolla, termina por hacerse retórico, por hacerse también académico por ser una repetición de ritmos, de palabras e imágenes usadas. En este sentido es que Unamuno dijo una vez: "El primer hombre que comparó a una mujer con una flor era un poeta; el segundo, un imbécil".

El modernismo en España se abre en dos caminos de depuración. Por ese entonces esta corriente se manifestaba en productos demasiado enojados, lleno de palabras preciosas en demasía, de imágenes alquitaradas. Había, pues, que volver a la poesía esencial. El que sigue ese camino es un poeta del 98, discípulo de Rubén Darío a quien Darío le prologó su

primer libro: Juan Ramón Jiménez. Este poeta tiene un poema, que se titula justamente *La Poesía*, y dice más o menos:

“Vino a mí cuando era niño y era una belleza deslumbrante y la contemplaba arrobado, delante de mí se fue enjoyando, se puso vestidos suntuosos y la fui odiando sin saber.

Por último, apareció como una reina toda deslumbrante, y la odié. Entonces, empezó a quitarse su corona, sus joyas sus ropajes suntuosos y al fin apareció desnuda, oh poesía, desnuda para siempre”.

Hay que buscar, pues, la desnudez de la poesía y llegar a lo esencialmente poético.

Antonio Machado sigue el otro camino. La poesía modernista se complacía en los ritmos complicados y nuevos y en las rimas ricas y difíciles. Antonio Machado dice: “La rima pobre es la rica”. Y vuelve al viejo verso octosílabo, al romance y a la copla, a lo popular. Son dos caminos.

En el Perú esos dos caminos en su culminación estarían representados por Eguren y por Vallejo. Sin embargo, Valdelomar empieza ese camino prosaico con un poema que se llama *Nocturno*:

“Ya la ciudad está dormida,

yo sólo cruzo su silencio y tengo miedo que despierte al suave roce de mis pasos lentos.

Pide limosna lamentable como un mentecato viejo y ciego y habla de Dios y dice, hermanos, y tiene al aire su sombrero.

Pasa un borracho hinchado el rostro, echa a mí su aliento fétido, alza los brazos y gritando viva el Perú, se cae al suelo.

La luz de un arco parpadea, chocan sobre ella los insectos, cambia mis pasos la quebrada rala silueta de los techos.

Duerme un cansado caminante en el amplio templo y hay en la esquina junto a un poste con gravedad se mea un perro.

Un auto lleno de farautes pasa al brote e insulta entre ellos dan las criollas cortesanas zambas pintadas y de pies pequeños”.

Esa es una poesía que recurre a lo prosaico, a lo cotidiano con el verso octosílabo.

En otro poema titulado “Luna Park”, narra por ejemplo:

“Bajo a los parques simétricos donde derraman su luminosidad mil lucecillas como mil ojos encendidas que no se cansan de mirar, carruseles que giran vertiginosamente, ferias, carritos, caballos, lagunas, un bazar donde las demoasell* ofrecen monitos de goma que caminan con la postura marcial.

En un rincón hay una tribu de salvajes en donde sedan su curiosidad niños, ancianos, mujeres y soldados que hoy en el raro platicar de aquellos primitivos que en sus cónicas chozas indiferentes y desnudos vienen y van.

Y pienso esos pobres salvajes míos qué cosa hacéis en Luna Park. Estas gentes, hermanitos incautos después de comprar os venderán y os harán el gran daño de quererlos en pago civilizar y vuestros hijos o hermanitos salvajes danzarán vestidos de frac con las hijas de esas damas que en el salón danzando están. Ah, pobres cafecitos ingenuos, como os dejasteis cazar”.

Bueno, es más largo pero terminaré ahí.

Pero Valdelomar abre otra veta más. La poesía modernista se había complacido en los paisajes exóticos, en los siete mares, en las altas montañas, en la selva suntuosas, en las japonerías —como dice Leonidas Yerovi— aprendidas de Rubén. Este buscaba también los animales exóticos y bellos: el cisne, un ave bella en sí misma; en Chocano. Asimismo, trasuntan el cóndor, las vicuñas, el jaguar, el caimán y las plantas, los nenúfares, la magnolia, los grandes paisajes.

Antonio Machado, por el contrario, vuelve a lo cotidiano: la vida diaria, lo que sucede a su alrededor, y Valdelomar empieza una poesía del terruño, del hogar, de la familia; del padre, la madre y los hermanos; de las cosas cercanas; del paisaje de Pisco, del mar y del cielo costeños; de los arenales. Se trata de una poesía distinta, antesala de *Las Canciones del Hogar* en *Los Heraldos Negros* que es la parte mejor de ese libro. Leeré un poema primero:

“Tristitía

Mi infancia que fue dulce, serena, triste y sola
se deslizó en la paz de una aldea lejana
entre el manso rumor con que muere una ola
y el taller doloroso de una vieja campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía,
el cielo serena la quietud de su belleza,
los besos de mi madre una dulce alegría
y la muerte del sol una vaga tristeza.

En la mañana azul al despertar
sentía el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso perfumado del mar.

Y lo que me queda aún en mi alma persiste,
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar”.

Este poema fue alabado por Neruda, el poeta de la generación siguiente. Alababa en ese poema que no tuviera un adjetivo deslumbrante sonoro, exquisito. Todo él era de adjetivos vulgares “conocidos, dulces, serena, triste, sola, manso rumor, serena quietud, dulce alegría, vaga tristeza, nada deslumbrante” y, sin embargo, el poema es deslumbrante.

Todavía hay otro poema en esta misma onda que es el primer momento, digamos, de los pasos lejanos de César Vallejo.

El Hermano Ausente en la Cena de Pascua

La misma mesa antigua y holgada de nogal
y sobre ella la misma blancura del mantel
y los cuadros de caza de anónimo pincel
y la oscura alacena todo, todo está igual.
Hay un sitio vacío en la mesa
hacia el cual mi madre tiende a veces su mirada de miel
y se musita el nombre del ausente,
pero él hoy no vendrá a sentarse a la mesa de pascua.
La misma criada pone sin dejarse sentir
la succulenta vianda y el clásico manjar,
pero no hay la alegría ni el afán de reír
que animaran antaño la cena familiar.
Y mi madre que acaso algo quiere decir,
ve el lugar del ausente y se pone a llorar”.

Este poema es de una gran simplicidad que se refiere a la muerte sin pronunciar la palabra muerte. En él se presiente lo que Vallejo va a desarrollar después en los pasos lejanos de *Mi Hermano Miguel* y luego en esta noche descendiendo del caballo en *Trilce*.

Valdelomar, pues, es un poeta que cierra un ciclo pero que abre otro. Chocano cierra el cielo parnasiano de la poesía peruana. Valdelomar es más simbolista pero no se acaba en el simbolismo sino que abre este nuevo tipo de poesía coloquial directa, sencilla, nada ostentosa.

Hay un poema de amor en muchas instancias de Valdelomar, que es también como el prólogo de otro gran poeta, de Pablo Neruda: *Confiture*. Leeré el primero de los poemas:

“Yo no sé la verdad por qué ya no la quiero,
por qué cuando ella viene mi corazón se va.
Ella es la misma, espléndida, rubia, fresca, jugosa,
con la misma pasión y la misma vidriosa mirada azul.
Dios mío, ¿por qué no la amo yo?
Cuando estoy lejos de ella mi carne la reclama,
pasa por mi cerebro con resplandor de llama,
pero mi corazón ni la siente ni la ama.
Yo he llorado su ausencia largos días siniestros
y como yo he llorado nadie supo llorar.
Ella está en mi memoria perennemente bella
y ahora cuando ella viene mi corazón se va”.

Veamos el famoso *Poema 20*, de los 20 poemas de amor, de Neruda. Leeré algunos fragmentos:

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche,
escribir por ejemplo la noche está estrellada
y tiritan azules los astros a lo lejos,
el viento de la noche gira en el cielo y canta,
puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise y a veces ella también me quiso,
en las noches como esta la tuve entre mis brazos,
la besé tantas veces bajo el cielo infinito,
ella me quiso, a veces yo también la quería
como no haber amado sus grandes ojos fijos”.

...

“Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído de otro,
será de otro como antes de mis besos su voz,
su cuerpo claro, sus ojos infinitos.
Ya no la quiero es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos
mi alma no se contenta con haberla perdido;
aunque éste sea el último dolor que ella me causa
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo”.

Hay un tono semejante de este poema y el de Valdelomar.

Creo, pues, que he fundamentado la importancia de Valdelomar como poeta. A pesar de que son pocos, sin duda, está entre los grandes poetas peruanos del siglo XX.

Pero Valdelomar no solamente fue poeta o prosista sino también periodista. El periodismo es un género nuevo. Aparece, propiamente, con las guerras napoleónicas. Por supuesto que ya había embriones de periodismo anteriormente, pero con las guerras napoleónicas la actividad periodística crece; en el Romanticismo se asienta.

El periodismo, sin embargo, no era en esa época un género literario. Su importancia es defendida justamente por un gran periodista, el más inteligente y profundo de los románticos españoles, Mariano José de Larra, quien murió muy joven: como buen romántico, se suicidó. Larra habla de el periodismo de los artículos, volanteos que se escriben y cómo la gente los critica porque no son castizos, porque no están calcados en la Literatura del Siglo de Oro, considerada mejor. Él contesta:

“Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día forzado a dar al público un artículo de periódico acerca de la elección directa, de la responsabilidad ministerial del crédito o del juego de bolsa. Y en ese mismo artículo quisiéramos leer la lengua de Cervantes y no se diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido a semejantes pequeñeces porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituyen las de entonces, las intrigas del Cardenal Algaróni o las presas de Barba Roja. Y

porque Cervantes, que escribía, para vivir, comedias de capa y espada cuando no se escribían, sino comedias de capa y espada escribiría, para vivir también, artículos de periódico, hoy que no se escriben, sino artículos de periódico”.

Y justamente, para vivir, fue periodista Valdelomar al cual se dedicó intensamente. Así, escribió multitud de artículos y de series diversas bajo diversos rubros. Se inició cuando era muy joven, tenía 20 ó 21 años cuando hubo, como de costumbre, un conflicto con el Ecuador. Con este motivo, el Gobierno ordenó una movilización general. Y entonces, fueron movilizadas los universitarios. Y estuvo en este quehacer Valdelomar con Riva-Agüero y con varios otros de los intelectuales de nota. Hacia 1909 estuvo acuartelado.

Y entonces, mandó una serie de crónicas al periódico. Unas se llamaban “Con la argelina al viento” un título eufónico. La argelina era un pañuelo. Los soldados de la Legión Extranjera de la Nación Francesa usaban un quepí y como hacía mucho sol, debajo del quepí ponían un pañuelo para protegerse la cabeza, la nuca: la argelina. Esas crónicas hicieron famoso a este muchacho de 20 ó 21 años. Eran sueltas, hermosas:

“La caballería debe sacrificarse decorativamente. Es la parte estética de los combates. En las reacciones modernas de guerras modernas en las que la caballería ocupa un puesto muy relativo, ha muerto la épica poesía de la lucha. Ya los combates no tienen las plasticidades de antaño, les falta color y luz. El ejército alemán parece un ejército de maniqués que obedecieran una misma cuerda. Tal es la uniformidad militar allí conseguida.

Hoy los combates son silenciosos, está siempre la muerte. Nada puede compararse a una carga de caballería, tropeles que se lanzan unos sobre otros, gritos de combate, relinchar de caballos heridos y banderolas al viento,

conjuntos ebrios de color, escorzos geniales y brillar de sables en cuyas puntas juega el sol.

Los artilleros —él pertenecía a un batallón de artillería— moriremos como Aristóteles, resolviendo un problema, tras de los caparazones de un cañón; y los infantes mueren muchas veces cuando sus calanas están llenas. No tienen ni la satisfacción de la salvaje venganza. Un infante y un artillero pueden morir como héroes; los soldados de caballería mueren siempre como artistas”.

Veamos un fragmento de otra crónica. Bueno, el final, la despedida, cuando ya cesan las tensiones se estatuye la paz y los movilizados tienen que movilizarse:

“Estoy satisfecho, pero me queda el vacío de un sueño desvanecido. Tal vez no iremos a la frontera. Nuestros camaradas y la vanguardia volverán las grupas a sus caballos nerviosos y alocados, no verán sus pupilas la faz deslumbrante del combate, ni sentirán sus corazones la sensación del triunfo. Pronto abandonarán la poesía oriental de sus cálidos arenales donde esperaban las horas de un ataque triunfal. En esos campos que pudieron ser lugar de mil acciones heroicas y de mil cuadros vibrantes llenos de sangre y de luz volverá a vivir el hada del olvido y del silencio, y los soldados pensativos y tristes tornarán por los fáciles caminos”.

Y así terminan sus crónicas de guerra —podemos decir— aunque nunca llegaron a la guerra.

Él practicó muchos tipos de periodismo, pero ya que aquí estamos en un salón del Parlamento Nacional, me referiré, pues, a sus artículos parlamentarios. Fue cronista parlamentario, era cronista parlamentario. Y ojalá tuviéramos un cronista así, ahora. La especie ha desaparecido definitivamente. Veamos una crónica titulada “Dando el opio” que se refiere al honorable señor senador Secada, Senador por el Callao, que

había sido Prefecto de dicha circunscripción y realizado una campaña contra las drogas, contra el opio, principalmente. Leeré unos fragmentos:

“Larga, pesada, brumosa, asfixiante, descabalada, paradójal, estéril, contradictoria, ilógica, soporífera, inquisitorial, palurda y canija fue la sesión de ayer en diputados.

Vino la cuestión de los telegrafistas y vino, como no podía dejar de venir, el discurso del señor Secada. El señor Secada no quería estarse callado. Él, que tan altruista campaña ha hecho contra el opio, aquella droga desmoralizadora y nociva, que hace dormir más de lo natural y transforma a cada hombre en un lirón, prodiga el opio delicado y fino de su oratoria.

El señor Secada, que da el opio con tanta frecuencia, debiera pagar un impuesto cada vez que toma la palabra. El Estado sería ya rico. Pero su señoría ha nacido para hablar, es orgánicamente locuaz. Su señoría pronunció ayer un discurso digno de las palabras que encabezan el cuerpo de ese artículo. Habló, habló, habló.

Cabeceaba desde su banco con su rostro pigmentado el señor Reich; cabeceaba resignado el señor Aramburú; cabeceaba con su nariz de fauno el señor Luna Iglesias; cabeceaban los periodistas; cabeceaba la Cámara; cabeceaba el mundo; el espacio; el tiempo, la luz eléctrica, no cabeceaba el propio señor Secada porque su señoría cuando habla pierde la cabeza”.

Él es un cronista... La crónica ha dado lugar a varios géneros periodísticos; en la época de Larra, por ejemplo, se hablaba del artículo de costumbres: don Felipe Pardo, y también a Ascencio Segura. El género, desde luego, se prolongó pero no es tema de esta conferencia.

La crónica empieza con el Modernismo. Rubén Darío empieza la crónica. Ya hay, por entonces, un gran cronista guatemalteco, Gómez Carrillo, casado con peruana y divorciado. La crónica en el Perú fue cultivada brillantemente por Ventura García Calderón. Valdelomar toma esa crónica y también tiene elegancia y ritmo, pero le pone una nota de humor, que va más allá del Modernismo, esencialmente lírico. Valdelomar no es chistoso, no hace chistes. Tiene humor, una cosa que pocos en el Perú han tenido:

“Para darse cuenta de la sociología en el Perú, no es menester leer el libro de García Calderón ni los estudios del señor Cornejo, basta asistir a la Cámara de Diputados la más genuina representación del país. Allí el pesimismo está representado por el honorable señor Secada, que es una especie de Schopenhauer con gemelos de medio sol en los puños. El optimismo es representado por el señor Tudela, ponderado y ecuánime. En cambio, el espíritu de la burguesía en el obeso condescendiente, satisfecho y placentero señor Aramburú, cuyo rostro de foca desorientada y medrosa lo asemeja a cierto personaje de Julián Wipson, el señor Salomón, plañidero, lánguido, pulcro y resignado; por su nombre y aspecto es como el espíritu del cristianismo.

Amojamado y dicharachero el señor Gamarra es cual vianda criolla; el clero lo forma el señor Sánchez Díaz; el señor Jiménez es agudo, hiriente, incisivo y pavoroso como un grito en la noche; el señor Vivanco es un tiro; el señor Torres Balizara un cañonazo; el señor Borda una ametralladora; el señor Velesmoro una bomba.

Allí los telegrafistas llevaron su electricidad a la Cámara y estos señores de punto y raya abnegados servidores de la Nación se han levantado en huelga. El señor Zapata, que es militar desde el 95 los ha apresado y sometido a su código, aunque él es un compuesto civil es ante todo coronel y ante que el Código Civil está para el señor Zapata el Código Militar.

A estas horas los pacíficos telegrafistas están haciendo compañía a los asesinos del general Varela y a los asesinos del comandante Berrecho. El ilustre señor Ulloa interpelló y el señor García Bedoya, que es muy solicitado, acudió telegráficamente. Habló el señor Ulloa y contestó el ministro, dulce, amable, conciliador, diplomático, casi evangélico. El señor ministro dijo como quien recita un madrigal, que los telegrafistas habían insultado al parlamente, que habían cortado las líneas.

Pregunta; ¿el señor ministro nos puede precisar en que punto han roto la línea? Y el señor García Bedoya con una lógica incontrastable respondió: en el trayecto, honorable, señor. El señor Zapata es un tirano, un inquisidor, un Atila, un Chacaleaza, decía el señor Secada. El señor ministro es un caballero, pero el señor Zapata, todo está muy bien decía Quimper, pero el señor Zapata, el gobierno ha procedido en su derecho, agregaba el señor Macedo, pero el señor Zapata.

Yo no acuso a nadie, argumentaba el señor Velesmoro, pero el señor Zapata; y el señor García Bedoya condenaba a los telegrafistas y defendía al gobierno, pero no decía nada el señor Zapata”.

Acá hay otra que se refiere a un Senador Luna que era muy agresivo y Valdelomar le dice:

“Estamos acompañando al señor Luna con el espíritu en su candidatura. Si lo hemos acompañado ha sido bajo la condición de que el señor Luna se comería o no a diario, pero sí entre días uno a uno a los señores gallos de la cámara.

Señor Julio, le dijimos, y cuando, caray, la cosa va larga; qué quiere usted que yo haga, están tan calladitos. Pero que ha hecho el señor Secada, está con jaqueca; y el señor Vivanco que hace, lamentando la enfermedad del

señor Secada; y el señor Quimper, apenadísimo de ver al señor Vivanco; y el señor Borda, dando pasos en la universidad; pero usted debería hacer algo, hago lo que puedo.

El otro día, por ejemplo, le pisé un callo al señor Castro y que cree usted que hizo, se limitó a exclamar descorazonado; caramba, que mala pata tengo, usted es el tercero que me pisa este callo”.

Inquisición

“Antes de que viniera don Simón Bolívar con su espada refulgente y don José de San Martín con su bandera flamante, con el objeto de darnos los deliciosos espectáculos que nos negaron los virreyes y que tengamos elecciones, cámaras, ciudadanía, pululaban por esta ciudad los bizcocheros de viejas con manta y de gallinazos, unos señores encapuchados más malos que un discurso del señor Secada; más crueles que una alusión del señor Barrera; más complicados que una oración del doctor Cornejo y más cristianos que el señor Sandy Díaz, a los cuales llamaban inquisidores. Estos vivían en la casa que vive hoy el señor Bernal y se pasaban la vida buscando a quien quemar por hereje, a quien encarcelar por blasfemo y a quien montar en un burro viejo y colgarle un San Benito.

Como una tradición muy antigua y muy digna de los antiguos moradores de este local, hay en la Cámara vieja una costumbre muy cristiana y muy eclesiástica. Uno puede pasear por todos los vericuetos del Senado y no encontrar huellas de los inquisidores, pero llega usted al comedor a eso de las cinco de la tarde cuando la mesa está puesta y los pollos descuadernados asoman en la piel granulada entre los panecillos, cuando el vino reconfortante perfuma desde las copas sonoras, cuando humea el chocolate y exclama: aquí hay frailes.

Es el caso que la buena mesa está complicando al buen funcionario de Estado. Antes no había un comedor con tal abundancia, se servía un sencillito Masawati, era la marca de un té, con leche condensada y sus dos galletas de soda. Pero un día el señor Diez Canseco entró y dijo: “Carabina, este té parece rancho de cuartel”. El sirviente se lo dijo al Presidente y el Presidente halló un efecto que el té era cuartelario. Al día siguiente se puso galletas finas y otro día llegó el señor Samané y susurró: “Ayayau, aquí hace falta una cascarilla”; y otro día el señor Eléspuru dijo: “En verdad de verdades este té pide a gritos unos sanguches de pollo y aquello se convirtió en una boda de Camacho. Mientras que en Diputados a grandes instancias del señor Gamarra solamente se ha conseguido tener un “lunch” de ollquito con charqui, en el de Senadores hay todo lo que necesitaría un Trasatlántico entre Nueva York y Calcuta”.

Ocorre que dentro de poco las sesiones van a tener que realizarse en el comedor y don José Carlos va a necesitar trasladarse. El señor Bernales se cansa meneando la campanilla. Una lista, no hay quórum; otro meneío, otra lista, no hay quórum; otro meneío, la última lista. Entonces asoma subrepticamente la de Luis Villena, del señor Matos con los carrillos hinchados y con la rabadilla de un pollo entre los labios y con la servilleta atrás del cuello el señor Cornejo y a veces con tamaño tenedor el señor Cassani. Ayer, por ejemplo, se suscitó un cambio de palabras entre el señor Cassani y el señor Pacheco Vargas. El señor Pacheco Vargas, decía: “Don Fernando está mal informado. Esa ley será promulgada. Será promulgada cuando usted quiera, señor Senador, arguyó el señor Pacheco, pero no me vierta usted el trinche”.

En efecto, el señor Cassani que acaba de salir del comedor esgrimía el trinche seboso aún como una batuta ante el rostro amojamado de Plaza Italia del señor

Pacheco Vargas y hay muchas crónicas parlamentarias sabrosas y diversos tipos de periodismo, también reportajes, hacía entrevistas a personas famosas, artistas, a músicos, a bailarinas, pero su más famosa entrevista que está en varias antologías es su reportaje al Señor de los Milagros.

Desde la personalidad de Apolinario Arzola hasta la más iluminada pitonisa criolla de abajo del puente, aquí hemos reportado a todo el mundo. El reportaje, lo mismo que el alcohol y el Código de Justicia Militar no ha servido de uso sino de abuso y en tanto es cierto que hoy aprovechando de la importancia que tenemos los periodistas gracias a los esfuerzos de los señores Vivanco y Walter Sups, hemos resuelto reportear al Señor de los Milagros.

Nos dirigimos a la iglesia, un sacristán tuerto y hostil que mejor estaría de limpiabotas en el infierno, nos recibe, que deseaba usted, hermano. Me extraña el parentesco y respondo: quisiera hablar con el señor; imposible, está almorzando; almorzando, no pregunta usted por el señor cura. No, yo deseo hablar al Señor de los Milagros, pero está usted loco, concluíamos, señor sacristán, está aquí el Dios hijo o no está. Pues bien, señor, el señor no está aquí, nuestro venerado señor está en la calle, ha salido.

Pero no sea usted bruto, hermano, está usted haciendo una afirmación heterodoxa, su negativa es de gravedad trascendental para la iglesia al decir que Dios no está aquí, está usted desmintiendo a las sagradas escrituras, el libro de Job y la tercera página del libro. Luego el sacristán dice: es que hoy es día de procesión, el Señor de los Milagros está ahora por la encarnación y Valdelomar se va a la encarnación y le habla y le dice al Señor de los Milagros, yo te amo y soy tu siervo porque eras humilde y vienes de humildes. El obispo en

Ayacucho tiene coche y acólitos y sin embargo tu sabes que no lo visito, vengo a ti sincero y desinteresadamente, te amo y reverencio por haber nacido en un establo, por ser hijo de un carpintero, porque recibiste el aliento de una vaca mansa, porque tu padre fue el único hombre que montó a burro y no fue ridículo.

El lienzo se mueve ligeramente y una voz se pronuncia: te agradezco mucho, que quieres. Dos cosas, señor, ser tu Cicerone y que me des un reportaje. Habla, pues bien, señor, no te molestan estos cánticos chillones, estas viejas que gritan. Tú acostumbrado a la música celestial y a los codos de los Serafines, pero resígnate, peor sería que trajeran a la chispita, eso es de correr, doblemos esa hoja, doblada.

¿Quién eres tú? Soy periodista, señor, gente nueva; en mi tiempo no había periodista y por eso te crucificaron sin protesta, ya hubiera habido en Judea un diario de oposición para ver las cosas que le dijera San Pedro a Pilatos, y así sigue el reportaje. Te han llegado, señor, algunas limosnas en billetes. No, las limosnas aquí son de centavos, el único que da fuerte es el provisorio, da en oro y qué opinas de la desmonetización y la escasez de circulantes, que sois todos unos sinvergüenzas. Esa es una opinión personal que no la cambia ni Dios; está bien, cada uno es libre de pensar. Es que los pensadores no entran en mi reino, pareces gobierno militar, señor. No digas sandeces y por qué no haces algo para aliviar nuestra situación; porque estoy como cierto famoso rey, reino pero no gobierno.

Sí, pero supongo que eres tú quien inspira los editoriales de La Unión; la Unión era el periódico católico. Dime, dice el Señor de los Milagros, ¿y se lee mucho mi periódico? Categóricamente te respondo no, de manera que esos me engañan. No sé si te engañarán, pero no sirve. Siguen caminando por la calle de Vaticano, el

señor dice: que limpio todo esto, quién es el alcalde. El señor Osma, yo di mi voto por él. Muy bien hecho pero lo único limpio aquí son las calles, mejor no escudriñes, aquí hay miseria, falta de sanción, poca vergüenza, deslealtad, doblez, perfidia, ignorancia, cretinismo, bellatería, mal olor, cleptomanía, hay que componer esto. No, esto no lo compone ni Dios, silencio, así sea. No es que así sea sino que es así es, responde colérico; pues bien, así es, pero dame permiso para rendirme.

Yo pensaba llegar hablar de los cuentos pero ya no vamos a llegar a tanto y después vamos a ver como él se va alejando de la crónica más bien frívola de García Calderón y la crónica de él está lleno de fantasía.

Literatura de manicomio

En Lima pocos lugares más interesantes que el manicomio, es la única morada donde los hombres no son unánimemente vulgares. No sé si para ustedes pero para mí la casa de los locos tiene un extraño poder sugestivo. Es el mundo más complejo, original y misterioso, la más profunda interrogación del espíritu, la más cruel realidad de la vida, el punto más vecino al infinito y a la eternidad. (6)

Nitzche decía que lo que más acerca al hombre a Dios, es la locura. Un manicomio es un estimulante para el pensamiento. Nada nos produce más ideas que el espectáculo de aquellos que padecen no tenerlo. Ante un loco el primer sentimiento que surge en nosotros es el de la compasión, una cruel vanidad nos dice que somos superiores a ellos.

El loco, en cambio, viéndonos siente piedad o se ríe con desdén, pero ¿qué es un loco?, ¿en qué mundo vive? El hecho de que un loco tenga una lógica distinta a la nuestra, no significa que sea inferior. Entre un loco y

un cuerdo hay diversidad, pero no inferioridad de pensamiento, ha habido locos sublimes como Shuman, el músico loco cuya obra es la admiración de una serie de generaciones razonadoras y ecuanímes. Cada loco tiene su lógica, nosotros tenemos la nuestra, eso es todo.

Que yo lo entienda al alemán no quiere decir que el alemán no sea un idioma como el español, por de pronto un loco es más subjetivo que un cuerdo, posee una gran facultad introspectiva, todo lo reduce a su yo, es un gran egoísta, vive más que nosotros en las leyes naturales. Para él no hay convencer la misma sociedad que el político religioso, hace lo que sea, es supremamente libre.

Se dice que los procesos mentales de un loco se realiza de un mundo fantástico, pero el mundo de los cuerdos no es menos fantástico, es acaso menos fantástico. La más elemental noción de física nos enseña que todo lo que nos rodea si no es falso por lo menos no es absoluto, el árbol que es verde para el hombre es amarillo para el pez, azul para el insecto, rojo tal vez para el ave.

El color no está en las cosas sino en la retina. Lo que ocurre con el color acontece con la forma, el calor, los sonidos. Hay insectos cuya conformación auditiva le permite vivir en un mundo inefable de sonidos tan sutiles que nosotros no lo podemos percibir jamás.

Los locos viven en un mundo de valores incomprensibles para nuestra razón, pero un loco se nutre, piensa, ama y llora, su conciencia va por senderos misteriosos, pero existe. Un loco jamás se agita por cosas pueriles, no hay uno al cual no inquiete un grave problema trascendental y tan importante para él que lo aleja de toda otra cuestión, descuida su traje, desdeña el trato de los que le rodean, su espíritu estoico busca en el misterio de una noche sombría, la luz de una verdad que no alcanzará nunca³⁷.

Aquí Valdelomar se está adelantando a los surrealistas, al libro *Saco y Quedo** de André Breton y a la antisiquiatría moderna, esos enemigos de las psiquiatrías que defienden a los locos y niegan que deben ser encerrados en manicomios.

Por último, Valdelomar tiene una gran simpatía por los animales. Es que ha sido un fabulista, un fabulista como La Fontaine, el más grande de todos. Este autor, a través de los animales, retrataba a la sociedad francesa de su tiempo: al Rey, las favoritas, a los cortesanos, a los funcionarios, a los burgueses, a los abogados, a los médicos, a los militares. De algún modo, Valdelomar también vincula a los animales con la realidad humana. Por ejemplo, “Yo tengo una torguga menuda como un bollo de poliédrica concha manchada a trechos por amarino color. Ésta no ha venido el mar, trájomela mi hermano de las montañas vírgenes de Madre de Dios. Ahora, mientras escribo, ella me sirve de pisa papel; es discreta, callada, jamás inquiere, acepta la vida ¿como otra concha? y como tal la hiere. Se llama Cleopatra. Es indiferente, nada frívola y tiene la virtud de ser agradecida. Cuando entre un cigarro y otro delante del escritorio me meto el pulgar en el bolsillo y con la diestra le acaricio la panza, me mira en silencio con ternura”.

Veamos algo sobre los caballos. El que lo llevó a la afición de los caballos fue Mariátegui, José Carlos, como Valdelomar, era cronista parlamentario, ¿Valdelomar? era cronista hípico y lo llevó a los caballos, vamos a ver algunas cosas de sus diálogos máximos.

“Creo en la transmigración de las almas. Aquella yegua que se encabrita en el bosque ha debido ser en una vida anterior una Miss inglesa. Tengo para mí que los mejores caballos de carrera, fueron en otro tiempo hombres que corrieron en las batallas. Algunos de nuestros coroneles, por medio de la transmigración, llegará en otra vida a ser favorito del público, alcanzará como caballo triunfos que nunca alcanzará en su papel de hombre. Es la ley de las compensaciones. Te imaginas marcadante

a nuestro coronel corriendo el Derby en Londres por causa de la transformación metafísica de la sustancia”.

Hubo un concurso peridístico hecho por una asociación de periodistas que justamente fundaron Valdelomar, Mariátegui y Falcón. Lo ganó Valdelomar con un ensayo muy breve, casi un artículo, un ensayo breve que se llama *Psicología del gallinazo*. Si no hubiera otra forma de definir la psicología de los pueblos, nos bastaría este comentario de las razas sobre el gallinazo criollo.

Para el italiano, el gallinazo es un águila negra y pacífica que hace la baja policía; para el francés, el gallinazo es una ave negra parecida al cuervo que atraviesa el espacio vencido de una gracia leve; para el alemán, el gallinazo sería un vertebrado muy parecido al que hay en el Museo de Berlín que presenta variaciones fundamentales en el color del pico.

En cambio, nuestros zambos de Malambo o intuitivos se limitan a reconocer dos estirpes de gallinazo. El gallinazo de basural y el gallinazo cabarolego, atendiendo justamente con laudable sentido del método analítico a las variaciones fundamentales en el color de pico y veamos un fragmento.

“El gallinazo, sin embargo, es animal de costumbres honestas. Hay que agregarle sol cuando feo aparece y diluye la neblina limeña desde los andes, cuando tras de las cimas de los cerros asoma su redonda cabeza medroso y avisado como la de un palomilla que se trepa al muro de un huerto pródigo en higos, al amanecer. En suma el gallinazo se desentumece en el añoso sauce llorón de los pequeños islotes del río.

Ahí, en el sauce, el gallinazo y su hembra han pasado la noche. El parlotear de los pajarillos despierta esta negra pareja que estira las alas como un aniversario de vacaciones y luego se aventura con visión en el piélago azul. Vuela, vuela, vuela, asciende y ausculta la tierra;

agita las alas, hace una curva llena de una gracia ley y va a aterrizar en la ramada del camal donde ya están reunidos los camaradas. Allí se orienta.

Un gallinazo pollo, ágil, alborozado y juguetón da la noticia del día, como si dijéramos el momento político de la prensa diaria, lo que más interesa a los gallinazos. Allí, dice, en la orilla de río, sobre el basural que nos quiso quitar el doctor Curleti, hay una vaquilla muerta, bien muerta. Yo lo he visto. Ayer un señor de gorrita la hizo sacar del matadero. ¡Vamos, vamos pronto! Y se van los gallinazos a darse un festín con la vaquilla muerta.

Luego, ambiciosos, incultos y sin sentido moral, olvidan pronto que tan gran banquete le deben al gallinazo joven que les dio la noticia. Riñen, se atumultan como el pueblo en una jornada cívica hasta que se produce el escándalo, el fenómeno social. Tres viejos y fuertes gallinazos picotean a su guisa al joven gallinacito abnegado que los ha traído, pero ¡oh justicia divina! hay un juez para todo, el destino manda.

Y el destino, la justicia, el gallinazo, es el palomilla. Cuando están los gallinazos en lo mejor de su banquete, cuando aquello que ven en el camal la galería serena cónclave prudente, consejos circunspecto, república platoniana, se convierte en 4 de febrero cuando los gallinazos expulsan al joven pollo que se creen dueños del mundo, ¡sazzz! a gran pedrada del palomilla y el ala rota de un gallinazo.

Cobardes y medrosos los que buscaban y compartían el festín con el herido, han dado en el festín y gallinazo. No faltan dos o tres hambrientos que aún desafían el peligro, pero una vez conseguida la piltrafa de la terne-
ra, fugan como si fueran hombres.

Valdelomar es además el fundador de cuento en el Perú. El cuento es un género moderno, el cuento literario, el cuento popular es un muy antiguo. Recordemos los cantos y los cuentos del Antiguo Egipto, historias como la de Sinue el Egipcio ahora en el cine pero muy mal hecha, por supuesto.

El cuento literario es más moderno. Tal como lo concebimos hoy, tal vez, es el fundado por Edgar Allan Poe, en el siglo XIX, quien además hizo una teoría explicando cómo debía ser el cuento. Aquí en el Perú el cuento literario es más tardío. Aparece primero el artículo de costumbres, *El Niño Goyito*, por ejemplo, o las historias de pelagatos de Abelardo Gamarra. Después aparece la tradición que es casi un cuento pero tiene un elemento histórico fundamental en el desarrollo de la tradición, no es todavía un cuento. El cuento aparece en el Perú en el siglo XX.

Hay por supuesto algunos precedentes pero sin mayor valor literario. Se escriben leyendas a la manera de Bécquer, pero el primer libro de cuentos de cierta importancia, es el de Clemente Palma. Sus cuentos malévolos, historias fantásticas, inspiradas en Poe y en Hausman no tienen mayor relación con la realidad peruana. Son ejercicios narrados.

Realmente, el cuento peruano nace con Valdelomar y concretamente con el "Caballero Carmelo". Alguna vez he dicho que los escritores rusos repetían una frase creo que de Turgeniev que decía: "Todos hemos salido del bolsillo de 'El abrigo de Gaulle'". "El abrigo de Gaulle" es una famosa novela corta y es la primera novela realista de la literatura rusa. De ella proviene todo el resto de la literatura: Turken, Dostoievski, Tolstoi, Chejov; es decir, todos los grandes novelistas rusos del siglo pasado se originan en cierta medida de "abrigo".

En el caso peruano podría decirse que todos los cuentistas del siglo XX se han cobijado bajo las alas de "El Caballero Carmelo". Este funda el cuento peruano. Valdelomar

escribió muchas clases de cuentos: los chinos, los exóticos, los fantásticos; asimismo, cuentos de la vida incaica; pero, principalmente, aquellos que están agrupados bajo el rubro de *Cuentos Criollos* en la edición última de Ricardo Silva.

“Hebaristo, el sauce que murió de amor” es también una vida paralela; la historia de un vegetal con una persona, y ya no de animales con personas; es una vida paralela de un sauce y de Hebaristo Mazuelos que trabaja en la botica del pueblo.

Hebaristo Mazuelos es un pobre hombre, un hombre humilde, un trabajador que trabaja en una botica y se enamora de la hija del juez: una muchacha un poco anémica, muy grácil. Se enamora, pues, silenciosamente de ella. Pero, por un artículo del periódico, el juez es cambiado, se va y, naturalmente, con él, la hija. Hebaristo se queda solo. Solo como el otro Hebaristo, el sauce, a cuya sombra alguna tardes se sienta el empleado boticario.

A través del cuento, Valdelomar va mostrando la vida del pueblo, la del periodista, del dueño de la botica; asimismo, las costumbres, con esa sátira, ese humor que le es propio. Al final, tanto Hebaristo, como el árbol solitario, mueren. El hombre es encajonado con las maderas del árbol. El final, pues, es irónico. El boticario, hombre acaudalado, patrón de Mazuelos pronuncia —es el quien ha pagado además el entierro— un discurso fúnebre en el cementerio que empieza así: “Sobre este ataúd de duro roble...”; y habla, pues, de las virtudes de Hebaristo Mazuelos. Al otro día viene el de la funeraria con la cuenta por la carroza, por los caballos y pone “por un ataúd de roble” tanto, una cifra elevada. El dueño dice: “Pero si no era de roble era de sauce”. El de la funeraria le dice: “Entonces, quite usted la palabra roble de su discurso y póngale sauce”. Otra vuelta la ironía.

Mucho de Valdelomar se ha perdido. Se ha perdido tal vez lo más fundamental de él: Valdelomar era un genio del teatro es muy antiguo, pero no ha habido grandes escritores

de teatro. Hasta ahora, tal vez, la mejor obra de teatro ha sido un obra en quechua, El Ollanta, pero quien tenía genio, realmente genio para el teatro era Valdelomar.

Valdelomar en esto es simbolista. Sigue la huella de Meterland, lo elogia porque crea en sus obras una atmósfera de misterio. Valdelomar traduce una obra de Meterland que se llama "Los ciegos". Son unos ciegos. En un hospital, regentados por monjes, estos salen a pasear por un monje viejo que los conduce. Ellos ni saben por donde caminan. Él los lleva al borde de un río y se sienta, mientras los ciegos conversan. Los ciegos esperan. Se hace tarde pero ellos no saben que se oscurece, son ciegos y esperan, pues, que venga el monje a llevarlos. Pero ese monje ha muerto y estos hombres están ahí desamparados sin poder caminar. Esa es la obra, esa es la tragedia, ese es el misterio.

Valdelomar, él mismo, piensa que "Verdolaga" es su gran obra. Escribió varias obras de teatro. Había, por ejemplo, escrito una biografía, novela digamos, de la Mariscala la esposa del Mariscal Gamarra. Hace eso después porque se la pidieron, se comprometieron a darle a una compañía. Escribió una obra de teatro demasiado apresuradamente porque se habían descuidado Mariátegui y Valdelomar. Los dos conjuntos escribieron la obra, una obra en verso. Y después con motivo del sacrificio, la muerte de ... escribió otra obra que se llama "El Bueno".

"La Mariscala" está casi completa, pero ellos mismos reconocen que no es una gran obra. Luego escribió Verdolaga que resultó verdaderamente genial. Pero ¿qué pasó? La obra se ha perdido.

Salió publicada en un periódico del Callao en varios de los ejemplares de su colección. Sin embargo, está incompleta, faltan números y sólo se han rescatado unos fragmentos.

No obstante, por esos fragmentos, vemos el brillante manejo del diálogo, la creación de una atmósfera poética, unos diálogos depurados, la manera de presentar las cosas, la

mezcla de prosa y de verso, la atmósfera de misterio, el destino que está presente.

Si tuviéramos “Verdolaga” tendríamos la mejor obra de teatro que se ha escrito en el Perú, lamentablemente se ha perdido.